



ANADOS CHAPA

le la República, acerca del cual se
ayaban un defecto que no padecía)
lible para evitar los alcances de
en el Metro: puesto que en tales

FEBRERO LOCO

Vientos que anuncian Tempestades

casi como lo era para los navegantes primitivos el aventurarse por aguas ignoradas, a pesar de que hoy podríamos gloriarnos de disponer de instrumental excelente para nuestra orientación.

Casi para donde volvamos la vista hallamos motivos de preocupación y alarma. Cada uno de los hechos que nos provocan tales sensaciones sería, de por sí, preocupante; y con mayor razón asumen ese carácter cuando se presenta, como sucede hoy, en conjunto y de muchas maneras vinculados entre sí. Escojamos, para verlos de cerca con mayor calma, pero no porque sean los únicos factores de esa naturaleza, tres signos ominosos de la tormenta económica y social.

El peso fue devaluado. El jueves de la semana pasada, cuando se escribieron estas líneas, la cotización del dólar había llegado a cuarenta pesos. Los expertos habían indicado, tiempo atrás, que ese era el verdadero precio de nuestra principal divisa. Era previsible, en esta coyuntura, que el viernes todavía se alcanzaran mayores diferencias, porque el jueves un cierto pasmo, explicable por la deliberada oscuridad con que se informó de la medida, no produjo sobre los bancos la estampida que era de temerse. Pero después las aguas tomarían su nivel.

Desfalleciente, el miércoles 17 el Banco de México anunció que no podía más. Naturalmente, no lo dijo así, pero así era. Una semana antes, su director, el señor Romero Kolbeck, había desestimado la importancia de la dolarización de la economía. Pero tuvo que rendirse ante la evidencia. El cinco de febrero, el presidente López Portillo repitió, y abundó en la justificación de su símil, que defendería como perro al peso mexicano. Pero, si se continúa la metáfora, fue claro que otros perros, muchos de varias tallas y razas, le disputaban la presa. Y terminaron por arrancársela, a dentelladas, dejándola de paso casi inservible. Dicho sea todo ello para advertir que no se ahorraron esfuerzos por impedir la devaluación, que al fin llegó.

Acaso técnicamente era adecuada, pero en términos sociales el modo en que se operó el cambio de paridad, devaluando sin decir que se devaluaba, arrojó de manera inequitativa sobre la población las cargas procedentes del fenómeno. Mientras que el ahorrador vio una vez más disminuidos sus depósitos, de manera automática, los banqueros amanecieron, el jueves 18, más ricos que el día anterior. Habían pagado

por los dólares, que compraron en las últimas semanas, alrededor de 26 pesos. En la víspera de ese día, el Banco de México resolvió no sostener más de manera artificial la paridad y se retiró del mercado. Eso significó que los bancos vendieron sus dólares, al día siguiente, al precio que ellos fijaron, que fue de más del cuarenta por ciento por encima de la cotización del último día normal. De golpe, sin más esfuerzo que el

bancarias

tieron a
ósitos o
Sólo en
y casas
de las
ento, y
conduc-
de una
dejando

busos y
obre la
odos los
trastornado.

Al grito de ¡sálvese quien pueda!, todo el mundo se dedicó a trincar a su vecino, acaso en previsión de que el vecino lo hiciera también.

Se desató así una violencia económica y social sólo comparable a la ejercida por el Estado en otros ámbitos de la vida pública. El mismo día en que se anunciaba el golpe monetario, el gobierno dio otro golpe, una vez más al sindicalismo independiente. Para que no quedara duda, el golpe fue a dos manos. Por una parte, la Junta Central de Conciliación y Arbitraje determinó que sólo el sindicato cetemista de choferes tenía personalidad para contratar con la Ruta Cien. En cambio, la Unión de Operadores, Mecánicos, Asistentes y Similares, no sólo perdió el litigio sin que se le concediera oportunidad de probar que afilia a la mayoría de los choferes del transporte urbano en la ciudad de México, sino que también se quedó en la misma fecha sin dirigentes. Al menos, éstos fueron detenidos sin orden judicial, por cuerpos policiacos ilegales o en el mejor de los casos organizados para otros fines. Entre los capturados se encontraban los abogados Juan Ortega Arenas y Ricardo Barco, patrocinadores de los choferes que se niegan a pertenecer a la CTM.

De la conducta laboral y política del señor Ortega Arenas, que ha organizado la Unidad Obrera Independiente alrededor de su despacho de abogado es difícil salir garante, en caso de que tuviera alguien la calidad para serlo. Puede ser acusado, políticamente, de casi todo, principalmente de ambigüedad. Pero que sepamos, tal conducta no ha sido todavía incorporada al Código Penal. El que se le detenga sin respeto al procedimiento, atribuyéndosele delitos ocurridos un mes antes, no puede verse sino como un inadmisibles acto de represión laboral, unido al garrotazo jurídico que se le asestó en la Junta el mismo día.

Algo más que garrotazos hubo en Pachuca el lunes 15. Profesores pertenecientes a las dos tendencias que se enfrentan en el sindicato de trabajadores de la educación pelearon con pistolas y acaso otras armas. Una docena de personas resultaron heridas. Una de ellas murió. El hecho, que es grave en sí mismo, es peor cuando se le ve, como tiene que hacerse, como el anuncio de violencia mayor, y sostenida, dentro de ese, que es el mayor sindicato de México.

Los vientos de este febrero loco anuncian pues, tempestades.